

DISCURSO DEL GENERAL JULIO LONDOÑO EN NOMBRE DE LA ACADEMIA COLOMBIANA DE HISTORIA, PRONUNCIADO DURANTE EL HOMENAJE AL GEOGRAFO VERGARA Y VELASCO

*Artículo del Boletín de la
Sociedad Geográfica de Colombia
Número 54-55, Volumen XI
Segundo y tercer trimestres de 1957*

Uno de los hechos más singulares de cuantos pueden observarse en Colombia, es la forma como el destino dirige a los hombres que han escrito una obra que pueda servir de guía a sus conciudadanos. Unas veces obra y autor marchan juntos mientras la fama los acompaña hasta esfumarse en el tiempo. Otras, el autor se adelanta recibiendo todos los homenajes en tanto que la obra se desmorona y olvida como si la materia de que estuviera formada hubiera servido para aumentar la grandeza de su señor. Finalmente, hay casos en que la obra avanza denodadamente para ponerse delante de las generaciones presentes y futuras y su autor, paciente, olvidado, modesto, es apartado a codazos de su camino por aquellos que afanosamente van a aprovecharse de las ideas que el ha encontrado para indicarles un nuevo camino.

Este último ha sido el caso del General Vergara y Velasco, el hombre que en el siglo que va corrido desde Codazzi hasta hoy, ha tenido una visión más certera del país y ha podido mostrarlo a sus compatriotas en forma no superada todavía. Por eso me siento profundamente conmovido al cumplir esta comisión que me ha encomendado la Academia Colombiana de Historia quien, en compañía de otras notables instituciones, quiere, como un acto de justicia, remozar el nombre del General Vergara y hacer que resuene vigorosamente en el oído de todos los buenos colombianos.

Vergara y Velasco fue el primero de los geógrafos nacionales que estudió a Colombia como una entidad abierta; el primero que comprendió que su patria era un pedazo de América y un trozo del mundo, indicando así a propios y extraños un amplio camino para conocerla y amarla. Fue el primero que comprendió que Colombia era el sitio de reunión de las grandes zonas continentales; que los Andes y la selva amazónica, los llanos orientales y la planicie del Atlántico, las ricas comarcas del Catatumbo y los bosques húmedos de la costa del Pacífico se internaban decididamente en el corazón de los países limítrofes como una señal inequívoca de la predestinación a la hermandad que nos había puesto delante la naturaleza.

De igual manera fue el primero entre nosotros que tuvo la audacia de saltar sobre las divisiones políticas convencionales y mostrar el suelo del país como un inmenso mosaico de regiones naturales en que cada parte es un trozo de patria que difiere de los demás, que tiene un rostro y una personalidad propios y donde las relaciones entre el hombre y el suelo ostentan una vinculación tan íntima que aparecen como las células gigantes de la nacionalidad.

El momento culminante de su actividad febril fue el más apropiado para su obra pero el menos propicio para su gloria. Hay en Colombia épocas en que la geografía cobra impulso como si resonara por todas partes la voz de la tierra y otras en que el estudio del suelo no despierta interés alguno. Coinciden las primeras con los momentos de prosperidad y de paz, las segundas con los lapsos de desolación. Y cuando en éstos alguien se dedica a la geografía, su sabiduría se juzga como inútil y superflua, tanto más inútil y superflua cuanto más claramente se vea la calidad de un esfuerzo supremo. Mientras el General Vergara y Velasco iba por todos los caminos tomando medidas, recogiendo datos, juzgando hechos, estudiando accidentes, el país se interesaba por cosas muy diferentes, como lo indican exactamente estas palabras de don Felipe Pérez: «Llegaba un joven a la pubertad y se le educaba para el parlamento; se hacía de su ciencia una ciencia de debate, de su camino un camino de predicación y de su último fin la política. Se amamantaba a la juventud para el tribunado o la demagogia y se le mostraba el lauro recogido en las plazas públicas en medio de las turbulencias populares como la mejor rama de la gloria. De allí ese continuo ensanche de los partidos, esa prodigalidad de escritores sobre política periodística y ese afanoso luchar y reluchar en busca de la nueva piedra filosofal que debía dar por resultado el secreto de la verdadera organización de las sociedades humanas...Y así como en el tiempo de Aristóteles todos eran peripatéticos, en las cruzadas todos guerreadores, en la Nueva Granada, en la época de la política, todos eran políticos...».

Pero no podía ser de otra manera porque el General llevaba en su espíritu una inclinación que lo arrastraba al trabajo de su predilección con una energía imposible de contrarrestar; sentía dentro

de sí el destino, el impulso congénito a estudiar la historia y la geografía de su patria, y cualquiera otro camino que hubiera tomado lo habría llevado al abismo. Sentía de modo irresistible la llamada de todo lugar desconocido, y las montañas lejanas lo atraían tenazmente como si fueran puntos magnéticos del horizonte. Así fue formándose en él un ideal que consistía en encerrar el suelo y la vida de su patria en las páginas de un libro, para que Colombia no fuera solamente una palabra.

Sin duda su reconocida predestinación lo llevó sin saberlo a la carrera militar. No había cumplido 16 años cuando entró en la guerra del 76, la más tremenda efusión de sangre que ha empapado el suelo patrio. En ese tiempo, los ideales eran la parte más importante de la existencia y había que defenderlos con la propia vida. En el ejercicio de su profesión anduvo por todas partes y su destino geográfico halló una forma de desahogo. La profesión militar es una de las que más estrechamente se relacionan con la geografía y la historia. La acomodación de los hombres y las ideas a las formas del suelo es un requisito primordial de la victoria. Y la unión indisoluble entre espacio y tiempo que él encuentra en el drama sangriento y apasionado que ha asombrado su juventud, lo lleva a escribir historia. Sus trabajos en este ramo tienen siempre una raíz geográfica de la misma manera que aún en los más técnicos de sus trabajos geográficos aparece siempre la historia como la espuma de su tarea. Así están hechas sus *Páginas de historia de Colombia, La Guerra de independencia —1818—, La historia militar y civil de Colombia, El 18 de marzo de 1811* y muchos otros dones de su incansable fecundidad... Es preciso recordar que en todos estos trabajos exaltaba al ejército como la parte más entrañable de la patria, pero reconocía explícitamente que para hechos cargados de grandeza se necesitaba un ejército capacitado para ellos, un ejército lleno de virtudes, honesto y grande. Para sostener esas ideas editó el periódico *El Ejército* y allí escribió hasta el cansancio: «Predicad al soldado el sacrificio, el fanatismo del honor, la religión del deber... Alimentémonos con las sanas doctrinas de una moral pura, de una filosofía severa; los buenos principios producen las buenas resoluciones. La moral es el arte de fecundar, cultivar y purificar la vida... De sacar de la vida la más grande felicidad, la gloria mayor, la riqueza más útil: la virtud...». Y luego agregaba: «proteger los bienes de cada ciudadano, su libertad y su trabajo; defender los intereses y la grandeza de la patria contra sus enemigos es tarea difícil que solo puede confiarse, a hombres fuertes, a hombres escogidos entre los mejores. Por eso los hombres que forman los ejércitos son llamados y escogidos en la edad de la fuerza, en la edad del trabajo que lo es a la par del entusiasmo y del sacrificio; por eso los ejércitos son la flor de la juventud de las naciones...».

Vergara y Velasco era, además de una gran inteligencia un gran corazón. Una muestra de ello es la fundación que hizo del Cuerpo de Inválidos de la Guerra, institución casi desconocida en esos tiempos y que ha durado hasta hace pocos años. Su organización fue tan perfecta que por medio

de ella mitigó dolores sin cuento. Su inteligencia y su corazón se mostraron tan unidos en esa noble empresa que casi no podían separarse.

Y fue siempre pobre. Cuando escribió su Nueva Geografía de Colombia, la obra más trascendental que hasta ahora se haya escrito entre nosotros en materias geográficas, recibió como premio de sus largos años de trabajo 400 ejemplares de los cuales debería enviar a su costa los que correspondieran a la biblioteca de universidades y demás institutos de educación.

Pero a pesar de todas estas virtudes sus obras no fueron apreciadas suficientemente por sus contemporáneos. Era un solitario de su propia ciencia. Comprendía que su mente, dedicada a una sola rama de actividad, le vedaba muchas cosas de provecho para el bienestar material.

Lo expresaba con estas profundas palabras: «Hay algo de fatalismo en condenar a la actividad humana a que solo se ejerza en limitado campo».

Y la gente no solo se despreocupaba de aquellas disciplinas en esos días de enconadas controversias políticas, sino que a menudo las consideraba sin fundamento. Por eso, pensaba él, que había trabajado en el vacío, que su obra era inútil. Solo de cuando en cuando lo animaban algunos conceptos;

Don Jorge Roa le escribía: «No desmaye usted en sus estudios científicos por incidentes lastimosos como el sucedido. Prosígalos con el brío de costumbre... fuera de Colombia estiman grandemente sus trabajos y pronuncian el nombre de usted con respeto y en las principales bibliotecas su obra se solicita con ahínco....»

Y la áurea pluma del señor Suárez escribía en El Nuevo Tiempo: «Tal vez un día de estos nos animemos a imaginar algunas de las causas que han influido en la vida y en el carácter de Colombia para lo cual tendremos todavía abierto el libro de nuestro ilustrado amigo el señor Vergara y Velasco».

Todo esto se decía al mismo tiempo que la Sociedad Geográfica de París le otorgaba el premio Charles Maunoir, el máspreciado galardón en materias geográficas de aquellos años. Y decía el informe correspondiente: «El señor Vergara y Velasco es uno de los veteranos de la geografía y la cartografía hispanoamericanas. Su carrera científica es un hermoso ejemplo de perseverancia y de esfuerzos continuados».

«El mayor elogio que puede hacerse de él es recordar que Elíseo Reclus le tenía en alta estima y que el nombre del geógrafo colombiano está citado frecuentemente en sus obras y siempre como

el de un sabio que inspira confianza por la probidad y la sinceridad de su labor... La obra, la constancia y la modestia del autor inspiran respeto...».

Y en ese momento solo había dos extranjeros que hubieran sido laureados en toda la existencia de aquella meritoria institución.

Nació el General Vergara en Popayán el 15 de junio de 1860 y murió en Barranquilla el 21 de enero de 1914. Esas dos fechas encierran como un paréntesis esclarecido, una de las existencias más fecundas y dignas que hayan honrado la nación colombiana. Poco antes de morir él mismo sintetizaba su vida con estas palabras: «Hijo de Colombia, amo esta tierra con delirio y no he ahorrado esfuerzo ni trabajo para conocer su suelo y su pueblo con la mayor precisión posible ...»

